

Y Castro, citado por Ortega, concluye subrayando el necesario europeísmo —traer cosas de Europa— de su óptica y más aún, el imprescindible europeísmo de la minoritaria pero verdadera cultura española —caso en el que se encuentra su maestro Menéndez Pidal:

«Cierto es también que sería ingrato reconocer que a la incorporación de un pequeño núcleo de españoles a la cultura europea debemos el poder enorgullecernos con sus triunfos»<sup>13</sup>.

El programa de europeización era el anhelo de los intelectuales del 14: Ortega, Castro... Y también el joven Manuel Azaña, que en la conferencia que pronuncia el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares exhorta a salir de la ignorancia y el aborregamiento —el término es suyo— mediante un ideal europeo de cultura y educación<sup>14</sup>. O el joven colega de Castro, Federico de Onís, que el primero de octubre de 1912 y con motivo de la apertura de curso en la Universidad de Oviedo, leía un discurso que tras reconocer la orfandad de ciencia y cultura en que se movía la Universidad apelaba a Europa<sup>15</sup>.

Ciertamente, sobre la conciencia del grupo generacional del 14 pesaba la angustia del desfase respecto de los verdaderos caminos del progreso y, como el propio don Américo se encargaba de recordar, «en todos sus aspectos (adelanto material, ciencias nuevas, evolución moral y política)»<sup>16</sup>. Su proyecto político, moral, educativo y social consistió en dar viabilidad a esta tarea regeneradora que era, sin disputa, tarea europeizadora. De ahí que una decena de años después y en tres obras básicas de los intelectuales de esta generación subsista la idea de Europa, con una particularidad, no obstante, que es preciso señalar: la solución europea representa un mínimo cultural, una ecuación que hay que alcanzar para vivir con madurez el futuro que, a su vez, debe depender de la personalidad histórica de España no considerada como un absoluto, sino como una parte de Europa. Claro que también pesa sobre ellos el signo de los tiempos, agudamente señalado por el profesor Elorza: «la sociedad española ha estado en condiciones de transformarse, política y económicamente. Ha fracasado en el intento. Como consecuencia, resulta imprescindible ahondar en los rasgos propios del alma española para dar con las raíces del fracaso»<sup>17</sup>. Y, en este sentido, *España invertebrada* (1921) es un intento de definir aquello que España es, al igual que *España en el crisol* (1920) quiere ser una interpretación psicológico-social del problema de España, realizando para ello un pequeño ensayo de patología del alma española, que no descuida el formular el problema de España desde una óptica y un nivel europeo, aunque atendiendo más, ahora, a dibujar la incógnita del problema:

«El problema de España puede formularse así: realidad española más equis, igual a la idea de una España más europea, esto es, más civilizada, según el tipo de civilización occidental. El

<sup>13</sup> J. ORTEGA Y GASSET: «Unamuno y Europa, fábula». O. C., t. I, *ob. cit.*; pág. 131.

<sup>14</sup> Puede leerse en el excelente volumen colectivo *Azaña* (ed. de V. A. Serrano y J. M. San Luciano). Madrid, Edascal, 1980.

<sup>15</sup> Debe leerse en el excelente libro de F. DE ONÍS: *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Madrid, Residencia de Estudiantes, 1932.

<sup>16</sup> A. CASTRO: «El movimiento científico en la España actual», *ob. cit.*; pág. 96.

<sup>17</sup> A. ELORZA: *La razón y la sombra*, *ob. cit.*; pág. 161.

descubrimiento y realización de esa equis es la tarea inmediata. Como se ve, es una ecuación mínima, una ecuación entre dos realidades: la española y la europea. Los españoles más ambiciosos no aspiramos a hacer de España una utopía perfecta; de momento, nos conformamos con que se aproxime a los pueblos europeos menos imperfectos. No nos planteamos un problema máximo y eterno, sino un problema mínimo e inmediato. Queremos que la realidad española se supere. ¿Qué hace falta añadir a esa realidad? Esa es la incógnita, y en su hallazgo y realización comienzan las discrepancias»<sup>18</sup>.

Del mismo modo, *El pensamiento de Cervantes* (1925), que sigue de cerca en su método la «Historia de las ideas» —que también fascinó a Ortega unos años antes—, intenta ser un acercamiento a Cervantes como paradigma del artista que, imbuido de las ideas erasmistas, en particular, y renacentistas, en general, crea una obra española y universal; quiere ser una explicación de Cervantes y su obra desde coordenadas europeas: sólo mirado desde Erasmo y el pensamiento renacentista es posible comprender la originalidad y la genialidad del arte cervantino<sup>19</sup>.

No obstante, el programa europeizador estaba en marcha por las fechas en las que los jóvenes del 14 lo reclamaban. Desde 1907 venía funcionando la «Junta para ampliación de estudios» bajo la presidencia de Santiago Ramón y Cajal y con José Castillejo como secretario. La «Junta» era heredera directa de la siembra educativa de Giner y de la Institución Libre, y en su seno surgió el «Centro de Estudios Históricos» desde el que Castro laboró incansablemente, pero su principal tarea fueron las becas de estudio e investigación para el extranjero en justa correspondencia con el programa europeizador —en este caso de métodos y técnicas—. Castillejo, secretario permanente de la «Junta» desde su formación, recordaba en 1937 este fundamental aspecto:

«La Junta concedía becas para el extranjero a cualquier ciudadano español que pudiese dar pruebas de una preparación suficiente, cualquiera que fuese su edad, calificaciones o estudios previos. Se hacía una selección cada año de entre doscientas o trescientas solicitudes recibidas y cincuenta estudiantes al año, por término medio, han sido mandados al extranjero de 1910 en adelante»<sup>20</sup>.

La «Junta» sirvió a lo que cuidadosamente llamó Ortega el «espíritu de selección» o a lograr —y utilizo palabras del propio Castro— «una jerarquía superior en el plano del espíritu (letras, ciencias, cultura)». En ella se enlazaban las ideas de Giner, el europeísmo del 14 —heredero, como ya señalamos, de otros talentos de igual cuño— y el intento de crear una minoría selecta aunque, bueno es reseñarlo, en amplia tolerancia religiosa o política. Américo Castro consignaba en su balance del movimiento científico español, 1918, para la revista napolitana *La Rassegna* estos extremos:

<sup>18</sup> L. ARAQUISTAIN: *España en el crisol (Un Estado que se disuelve y un pueblo que renace)*. Barcelona, Minerva, Biblioteca de cultura moderna y contemporánea, s. a.; pág. 231.

<sup>19</sup> Creo que una buena aproximación a lo que supone filológicamente y en un sentido cultural general *El pensamiento de Cervantes*, con especial atención a las deudas que Castro contrae con Ortega y la «Historia de las ideas» se encuentra en A. PEÑA: *Américo Castro y su visión de España y de Cervantes*. Madrid, Gredos, BRH, 1975. El prisma europeizador de Castro se revela de forma admirable en su estudio «Erasmo en tiempo de Cervantes», *Revista de Filología Española*, t. XVIII (1931), posteriormente recogido en A. CASTRO: *Semblanzas y Estudios Españoles*. Princeton, New Jersey, 1956; págs. 145-188.

<sup>20</sup> J. CASTILLEJO: *Guerra de ideas en España*. Madrid, «Revista de Occidente», 1976; pág. 102.

«El pensamiento primordial de los organizadores de la “Junta” fue agrupar los más altos representantes de la cultura española, dotándolos de medios de acción para que, sin la menor traba burocrática, fuesen actuando sobre la juventud y formasen así núcleos productores de ciencia»<sup>21</sup>.

Años más tarde, en pleno segundo bienio republicano y tras hacer alarde de ser de izquierdas y antiborbónico, escribía refiriéndose a la «Junta» y a lo que él llamaba sus hijuelas:

«(Gracias a ellas) España dejó de ser un corral en materia de cultura superior y es hoy un decoroso huerto»<sup>22</sup>.

La tarea de reactivar la cultura nacional desde el europeísmo parece, a juicio del testimonio de Castro, haber sido más que decorosamente cumplida, aunque los utopismos verbales de los tiempos que corren, 1935 —son sus criterios—, le hacen columbrar negros nubarrones en el horizonte.

Las hijuelas de la «Junta» también conocieron la participación de Castro. De su pluma partía en 1918 una elogiosa reseña de la labor pedagógica, editorial y europeísta de la Residencia de Estudiantes desde su creación en 1910. Cincuenta años después, 1960, y desde la Universidad de California, recordaba el esfuerzo en pro de la mesura y de la amplitud de la mente, del alma de la «Resi», don Alberto Jiménez Fraud<sup>23</sup>. Castro, intelectual del 14 y hombre heredero de la labor educativa de Giner, sintió siempre la obra de la Residencia como cosa suya y como eslabón imprescindible en la reconstrucción de España desde el liberalismo espiritual. La afinidad de Castro con otras figuras del 14 en la valoración de la Residencia resulta especialmente significativa a la luz de este cotejo, pues si el poeta de la generación y hombre extremadamente afín a la vida de la casa de los altos del Hipódromo, Juan Ramón Jiménez, escribía a su madre en 1913, refiriéndole su vida en la Residencia con estas palabras (¡tan propias!):

«El edificio se compone de tres hoteles y varios pabellones, más los comedores, bibliotecas, laboratorios, salas de esparcimiento, etc. Hay 38 mujeres, todas de negro, con delantales blancos y guantes blancos para el servicio de comedor, un jardinero y un portero. No puede usted figurarse cómo están educadas estas criadas; es maravilloso (...). La libertad es completa. Se fuma, se habla siempre y en todas partes, etc. Hay enfrente un campo de recreo. Todas las semanas viene a comer una persona eminente en política, arte, ciencia, literatura, etc. Además, se dan conciertos los sábados. El baño es diario. Las clases de idiomas son gratuitas»<sup>24</sup>.

Don Américo sintetizaba con orgullo la labor de la Residencia en cuanto había fomentado un ambiente intelectual selecto y exigente, en su reseña cultural ya varias veces mencionada:

<sup>21</sup> A. CASTRO: «El movimiento científico en la España actual», *ob. cit.*; pág. 101.

<sup>22</sup> A. CASTRO: «Los dinamiteros de la cultura» (*El Sol*, 30-VI-1935). *De la España que aún no conocía*, t. II, *ob. cit.*; pág. 181.

<sup>23</sup> Debe leerse el artículo «Homenaje a una sombra ilustre: la Residencia de Estudiantes (1910-36)» (*Residencia*, XII, 1963). *De la España que aún no conocía*, t. II, *ob. cit.*; págs. 265-272.

<sup>24</sup> J. R. JIMÉNEZ: *Cartas* (ed. Francisco Garfias). Madrid, Aguilar, 1962; págs. 157-158.

«“Residencia de Estudiantes” (director Alberto Jiménez), donde los estudiantes encuentran un ambiente elevado tanto en el orden científico (laboratorios, biblioteca) como en el de la cultura general (conferencias, conciertos, sport, etc.)»<sup>25</sup>.

Creo ocioso observar que esta selección y exigencia del lugar estaba en consonancia con el ideario del 14, brillantemente formulado por Ortega en un doble plano: de un lado, «hacer precisión», es decir, exigencia científica, rigor y sentido universitario, adecuación de palabra y pensamiento...; de otro, crear una minoría selecta y de altura europea y cosmopolita que viese de catapultar el reformismo liberal. Pocos textos tan significativos como éste, que vio la luz en *El Sol* en diciembre de 1917:

«Todo español está muy especialmente obligado a ser mañana más inteligente que hoy, a avergonzarse de sus prejuicios, de sus tópicos, de sus cegueras, de sus angosturas mentales. Si no nos determinamos a dar mayor finura, mayor evidencia y concreción, mayor elegancia a nuestros pensamientos, todo será en vano. Seguirá siendo España lo que ha solido ser durante tres siglos: un aldeón torpe y oscuro que Europa arrastra en uno de sus bordes. Tenemos que ensancharnos las cabezas para dar a nuestras ideas dimensiones de mundialidad. La España villorio no nos interesa: queremos y creemos posible una España mundial»<sup>26</sup>.

El otro centro dependiente de la «Junta» fue el Instituto Escuela. Don Américo anota en su balance del año 18 su reciente labor, pero tal vez sea en la gestión de su nacimiento donde mejor se observe el compromiso de Castro con dicha fundación. Corría el mes de mayo de 1912 cuando una crisis del gobierno Canalejas facilita la llegada de un regeneracionista heredero de Costa y líder de la izquierda liberal al Ministerio de Instrucción: se trata de Santiago Alba. El político que daría a la luz en 1916 un buen libro regeneracionista, *Problemas de España*, pone en marcha un programa que trataba de conseguir la autonomía universitaria y la creación de un Instituto Escuela. Diversas causas impiden en este primer intento sus propósitos. Años más tarde, y en el Gobierno Nacional de marzo de 1918, Santiago Alba vuelve a la cartera de Instrucción y replantea sus proyectos. Consigue llevar adelante el Instituto Escuela, que queda reglamentado en julio de ese año, con la «Junta de ampliación de estudios» como cerebro de tal experiencia. Inmediatamente se desata una campaña proveniente del sector ultramontano de la Universidad en que se cuestiona la dependencia del Instituto respecto de la Junta (detrás está el papel de la Institución Libre de Enseñanza y el enconado odio que despierta en los sectores conservadores). Es en este momento cuando *El Sol* y los intelectuales del 14 intervienen. Ya Lorenzo Luzuriaga venía tratando de establecer, desde abril, en la plataforma del prestigioso diario, las señas de identidad de esas reformas en el krausismo y en la tarea de Giner, pero la cuestión toma altura cuando seis catedráticos de Filosofía y Letras —Menéndez Pidal, García Morente, Ortega y Gasset, Besteiro y Castro— manifiestan en escrito público dirigido a Santiago Alba «su discrepancia ante el acuerdo tomado por su Facultad de protestar públicamente por el encargo hecho a

<sup>25</sup> A. CASTRO: «El movimiento científico en la España actual», *ob. cit.*; pág. 102.

<sup>26</sup> J. ORTEGA Y GASSET: «Hacia una mejor política» (*El Sol*, 7-XII-1917). *O. C.*, t. X, *ob. cit.*; págs. 368-369.